

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 230

50 cts.



**LA CRUZ
DEL GRAN DUQUE**

(NÚMERO EXTRAORDINARIO)

por
Lowell Sherman,
Pauline Garon,
etc.

Filmoteca

co. Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 230

LA CRUZ DEL GRAN DUQUE

Alta comedia, de espléndida presentación, interpretada por el notable actor LOWEL SHERMAN, la encantadora ingenua PAULINE GARON, la bella GERTRUDE ASTOR y el simpático galán JOHN HARRON, entre otros.

Selecciones LUXOR

VERDAGUER

Consejo de Ciento, 292.—BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DUSTIN FARNUM



La Cruz del Gran Duque

Argumento de la película

Carnaval en París.

Alegría, máscaras sinceras en máscaras hipócritas. Día de placer. Orgías. Bacanales. Engaños. Día de locura. De lágrimas entre tanta risa.

Tras el antifaz unos ojos de mujer seducen... No hay mayor encanto que la aventura desconocida... A veces, al saltar la careta, se derrumban las ilusiones forjadas viendo los ojos que asomaban por sus sendos orificios oblicuos. Es como en la Vida: lo mejor es contentarse con la superficie de las cosas. ¡Desdichado del que quiera rasgar el velo que cubre todo lo que vemos!

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

COLETTE

En un espléndido palacio, refugio de caída nobleza, un desterrado, el Gran Duque Miguel, olvidaba la ráfaga de un trágico pasado que le empujó hacia la capital dorada de Francia.

A pesar de todo, con su vida y la de su madre y su hermano, pudo el Gran Duque salvar gran parte de su inmensa fortuna, gracias a lo cual veíase de continuo rodeado de amigos admiradores de su pródiga opulencia.

Aquella noche los salones de su alhajada mansión brillaban esplendorosamente.

Caprichosa mesa ofrecía sus maravillosos manjares a hermosísimas mujeres que suspiraban por los favores del alto noble.

Una de ellas, sentada a izquierda del pretendido, sentía celos enormes de las demás; y, cuando la primera bailarina rusa

que ejecutó, con varias compañeras, danzas del país lejano, saludó, al terminar su actuación, el Gran Duque le arrojó, como



Afortunadamente el noble pudo evitarlo...

muestra de viva simpatía y súbito anhelo de sus caricias, una flor; la celosa levántose en un arranque de despecho, apoderóse de una copa e hizo ademán de querer arrojársela, a su vez, a la coreográfica.

Afortunadamente el noble pudo evitarlo, y apenas calmada la vehemente enamorada, fuéle presentada a aquél la tradicional copa del Amor.

Todas querían beber en dicha copa después de haber posado el Gran Duque sus labios. Todas querían conocer los secretos de su corazón.

Pero él, sorteando la dificultad como mejor lo entendió, entregó la copa a la más fea, que lo era de verdad, es decir, a la más sincera de las bellezas allí reunidas, por cuanto no podía negar que no lo era.

La elegida no dejó de comprender la estratagema, y murmuró al Gran Duque:

—Su Alteza es un gran diplomático enemigo de envidias y de rencillas.

La otra, la más celosa, a la que ya hemos hecho alusión, pisoteaba de vez en cuando, sin consideración, al noble, para obligarle a que le hiciera más caso.

Pero el Gran Duque, no sintiéndose ya atraído por los positivos y sobradamente conocidos encantos de la hermosa, se hizo el sueco.

En la calle, en tanto, la juventud gozaba a sus anchas. Las más variadas escenas desfilaban como para modelos de pintor. La eterna canción de Pierrot a Colombina y el no menos eterno engaño de Arlequín y la burla de Polichinela... Todo estaba reunido allí, en la calle, como pájaros libertados en alarmante confusión...

Pero si sabido es que las manos femeninas Dios las creó para ser besadas y acariciar, no se debe echar al olvido, que también sirven para dar cachetes, y de ello dió buena prueba, a una grosera máscara, la simpatiquísima mascarita Colette, que no permitió que manos osadas tocasen su purísimo rostro.

Así han de ser todas las mujeres, porque si nosotros, pobrecitos hombres que somos, no tuviéramos cierto invencible temor a las manos femeninas, es indiscutible que esos rostros divinos que nos embelesan no se salvarían de nuestros besos. Por eso se explica que al pedir en matrimonio a la mujer que más nos gusta... o nos conviene — que es pródiga en toda la viña del

Señor — se empiece por solicitar su mano.

Colette, la deliciosa criatura en cuestión, era una de esas flores que tiene París en sus barrios humildes, que crecen sin muchos mimos, con escasos cuidados, pero que llegan a hermosearse gracias a su temperamento amable, propicio a todas las manifestaciones de la bondad, del afecto y de la simpatía. Una de esas modistillas que pululan por la gran urbe dejando a su paso, como los gorriones que recrean a los transeuntes, grata impresión, y despiertan dormidas sensaciones.

El grupo que Colette capitaneaba por obra y gracia de la casualidad, que hermana en tan señalada ocasión a todos los amantes de los alborotos callejeros que jamás degeneran en escándalo punible; era numeroso y compuesto, en su mayoría, de gente muy joven.

Al pasar junto al palacio del Gran Duque, cuyas ventanas estaban abiertas de par en par, Colette se detuvo, y sus compañeros la imitaron.

El motivo de la súbita detención en su

desenfrenada carrera por las animadas calles le provocó el hecho de oírse desde fuera la música que en aquellos momentos unos instrumentistas rusos arrancaban melancólicamente para transportar imaginariamente al noble a su patria querida...

La nostálgica pasión de las notas del ardiante país conturbó el corazón del pajarillo de la ciudad que tan amorosamente acoge al emigrante, y dejándose llevar de la sed de aventuras que la impulsaba a la temeridad, Colette gritó a sus amigos:

—¡Al asalto!

Todos a una irrumpieron en los salones del Gran Duque por una ventana. Los más atrevidos preocupáronse más de llenarse los bolsillos de toda clase de golosinas que de observar la cara con que les recibía el dueño de la casa.

Colette, en su ingenuo atolondramiento, no se fijó en que el Gran Duque hacía expulsar por sus criados a los asaltantes, y quedó sola en el amplio comedor, convergiendo en ella la atención general.

El noble, acercándosele, la interrumpió

en su tarea de apropiarse la repostería que se le antojaba más agradable a su paladar.

—¡Oh, señor! — dijo Colette al percatarse de que había quedado abandonada por sus compañeros.

Pretendió huir, temiendo recibir un castigo; pero el Gran Duque, felicitándose de poder sacar partido de la situación, le dijo:

—En un día como hoy es chocante y no lo es penetrar en las casas como ustedes lo han hecho... No quiero, sin embargo, discutir el hecho... Pero como la inesperada invasión de golosos ha causado serios "estragos", me veo obligado a pedir una compensación... y a usted me dirijo.

—¿Qué he de hacer yo, pobre de mí?

—Por su disfraz de bailarina me figuro que debe usted saber dar unas vueltas con gracia. Le suplico que baile, y le devolveré la libertad.

Colette, realmente desconcertada, no tuvo el valor de negarse a complacer al noble, y a pesar de no tener la menor aptitud para el baile, intentó salir del paso para marcharse en paz.

La violencia con que hubo de decidirse a obedecer el ruego del Gran Duque provocó una crisis en su sistema nervioso, y coinci-



...pudo contemplarla, sin antifaz, en tentador abandono...

diendo con lo que al parecer era el final de la danza, cayó al suelo sin sentido.

El ruso, al comprobar el auténtico desmayo de Colette, apresuróse a transportarla a otro aposento, en el que pudo contem-

plarla, sin antifaz, en tentador abandono...

Ducho en materia de mujeres el noble reconoció con íntima satisfacción que Colette era una joya, algo digno de mejor suerte, y sonrió, equivaliendo su gesto a la aceptación de una idea de amor.

Como Colette no salía de su síncope, fué preciso que el Gran Duque apelase a los recursos propios de tales casos para retornarla; pero al dejar sola a la bella máscara, ésta, abriendo los ojos, y recordándolo todo, no tardó en abrir también una ventana, huyendo con toda la rapidez que le permitieron sus ágiles piernas.

Al volver a la habitación donde él la dejara, el aristócrata se llevó chasco, pero encogióse de hombros, que, al fin y al cabo, una mujer más o menos no podía influir en su brillante carrera de conquistador.

A poco de haber volado el tierno pájaro, el Gran Duque vió llegar a sus salones a Leonore Beryll, cuya deslumbradora elegancia patentizaba en el París de la moda y la riqueza la pródiga galantería del desterrado...

La hermosa mujer dijo a su buen amigo: —Alteza, desearía hablarle a solas un momento...

Flor de un día, como todas sus aventuras, había sido para el Gran Duque la maravillosa Leonore, y comprendiendo que las intenciones de ésta no coincidían ni coincidirían nunca con las que él había tomado ya, le contestó:

—Deploro contrariarla, señora, pero he jurado no permanecer a solas con nadie desde mi último atentado.

Leonore no pudo evitar un gesto de enojo.

Sin inmutarse, el Gran Duque, con su peculiar amabilidad, continuó:

—Pero el asunto tiene un fácil remedio... Os presentaré a mi amigo, sir Godfrey James, soltero...

Más claro, agua...

LA MAYOR BELLEZA

Poco después de llegar la bella amiga del Gran Duque y recibir un nuevo desengaño respecto a sus deseos de ganarle exclusivamente para su causa, apareció en la fiesta, por ella ignorada, la que en el pasado fué Gran Duquesa y que en el presente sólo conservaba el más hermoso de los títulos humanos: el de madre del disipador.

Con la distinguida señora llegó también Pablo, el hermano menor del Gran Duque, por el cual éste sentía un amor rayano en idolatría.

Miguel separóse de sus invitados, para reunirse con sus queridos seres; y al tenerlo junto a ella, le dijo su madre:

—Pablo ha querido darte su último adiós antes de ingresar en la Academia. Me complace que te iguale en el cariño que tú le profesas.

Saludáronse efusivamente los dos hermanos; y a poco, mientras Pablo se unía a los invitados del Gran Duque, su madre decía a éste, por la fiesta:

—Siempre rodeado de falsos placeres... ¿Por qué no huyes de este ambiente, Miguel?

—No lo puedo remediar, madre... El dinero lo gasto así... buscando el olvido a perdidos esplendores de mi raza...

—Debieras imitarnos en nuestra resignación, porque a veces en la vida ocurren ciertos errores que con dinero no se pueden borrar... Créeme, este ambiente es peligroso para todos...

Miguel sonrió a su madre, agradeciéndole sus consejos, pero no aceptándolos. Viendo a su hermano Pablo sentado al lado de la atractiva Leonore, apresuróse a ir a separarlo de ella, que le buscaba conversación.

—Es hora de que te retires, Pablo — le dijo. Y añadió como lo haría un abuelo: —Ni las mujeres ni el champaña convienen a tu edad.

Pablo obedeció a Miguel, y Leonore, tomando aparte a este último, comentó, por lo que le había oído aconsejar a su hermano:

—Mujeres y champaña... Así es como tú vives, Miguel: entre una copa rebosante y una sonrisa tentadora.

—Cierto. Pero mi deber es velar para que mi hermano no malgaste sus mejores años entre vanos placeres que hastían...

—Eres ingrato... ¿Por qué no he de poder lograr que me ames... siquiera la mitad de lo que quieres a tu hermano?

—¡Bah, Leonore! Hay cosas que se explican por sí mismas.

—Yo creí que yo no era para ti como las otras...

—Peor para ti si no has querido comprenderme nunca... En cuanto a mi conciencia, contigo como con todas, no me

reprocha nada... Os he querido mucho... Es lo único que pude hacer...

Contrastando con el ambiente de suntuosidad, la buhardilla en que habitaba Colette ofrecía triste aspecto, tanto más cuanto que en él vivía una perla que merecía brillar en un joyero adecuado.

Con Colette ocupaba el desván su cuñado, un granuja dedicado a dos cosas: perjudicar al prójimo y evitar encuentros con la policía.

El golfo, llamado Emilio, tenía un hijo, para proteger al cual Colette se resignaba a compartir su vivienda con su cuñado, que le doblaba la edad.

Al llegar a su casa, después de gozar honestamente toda la noche, su cuñado la recibió groseramente, como de costumbre. Sus negocios iban mal y alguien tenía que pagar su malhumor.

Colette desenfundó su cuello de la piel de su disfraz, y Emilio, atraído por un brillo deslumbrador, apoderóse del objeto que irradiaba la sorprendente luz.

¿Qué era ello?

Emilio contempló ese objeto a la luz, y Colette lanzó un grito, aprestándose a arrebatárselo. Lo que ella llevaba, inconscientemente, en su piel, era la cruz, de incal-



—¡Dame eso, Emilio! ¡No es mía esa joya, y debo devolverla!

culable valor, del Gran Duque, que debió quedar prendida en ella al tomarla el noble en sus brazos cuando se desmayó.

—¡Dame eso, Emilio! ¡No es mía esa joya, y debo devolverla!

El granuja la apartó de sí con brutalidad.

—Déjate de tonterías — le dijo—. Una joya de tanto valor no se ha hecho para que tú la luzcas o la devuelvas.

—¡No lo consentiré!

—¡Ea, basta! Vete a dormir, y renuncia a esta ganga que yo me encargaré de transformar en dinero cuando la policía no me vigile tanto...

Colette no consideró prudente disputarle la joya a su cuñado. Le conocía. No llevándole la contraria no le tenía que temer, pero una disputa con él hubiese tenido fatales consecuencias para ella.

Emilio ocultó la joya en un pañuelo, encerrándola en el cajón de una cómoda, y se echó a dormir, pensando en que tal vez al día siguiente pudiese llenarse los bolsillos de billetes con la venta de la misma...

Y Colette, cansada, rindióse al sueño...

El Gran Duque, cercana ya la aurora, se disponía a acostarse, ayudándole su fiel criado, quien al quitarle la casaca se apercibió de la falta de la cruz, la joya más preciada del noble.

—No está, señor...

—Pero, ¿cómo es posible...? — dijo Miguel.

El recuerdo trajo a su memoria la figura de Colette, y se preguntó si había sido ella, aunque se resistía a creerlo... Sin embargo, la cruz no estaba en su sitio...

Como un conjuro de almas, Colette tenía una horrible pesadilla. Se veía acusada de robo de la joya, y se moría de pena.

Al despertar, bruscamente, de su horrible sueño, tomó una inquebrantable decisión. Había visto donde escondiera su cuñado la joya; se apoderó de ella y salió de la buhardilla para ir a restituírsela al Gran Duque.

Acudió durante el día al trabajo, esquivando el encuentro, al mediodía, con su cuñado, que había notado la desaparición de "su" joya, y por la noche, vigilando también, antes de salir del obrador, si su cuñado la esperaba, dirigióse al palacio del Gran Duque a fin de aprovechar la noche para penetrar en él por una ventana, sin que nadie la viera.

En la regia casa, la madre de Miguel acababa de llegar con Pablo y dos camaradas suyos, vestidos los tres de cadetes.

Pablo había ido a saludarle con sus dos amigos, con los que se proponía terminar en la ciudad las vacaciones.

—Aprovechad vuestros últimos días de libertad — les dijo Miguel cariñosamente. — Pero cuidado con las diversiones que elijáis... Desconfiad de lo que brilla con apariencia de oro...

Los jóvenes acogieron la advertencia con sonrisas sin malicia, y se despidieron.

Miguel abrazó emocionado a su hermano, pues era el primer día que vestía el uniforme de cadete, y al quedar a solas con su madre, murmuró:

—Es un modelo de muchacho... ¡Cuánto daría yo por librarle de los mil desengaños que nos proporciona la vida!

—Hablas de desengaños y sigues buscándolos, Miguel... Medita lo que podría ocurrir si él se mirara en tu ejemplo...

La conversación tomaba un rumbo desagradable para el noble cansado de emocio-

nes torpes, y para desviarla hacia otro cauce, requirió la atención de su buena madre sobre su traje:

—¿Qué te parece mi nuevo frac?

Y no insistió la Gran Duquesa en sermonear a su hijo... porque era inútil...

TERNURA

Colette habíase introducido en el palacio saltando, como lo previera, por una ventana. Casualmente lo hizo por la de los aposentos de Miguel.

Coincidiendo con su hazaña, llegó a la rica morada la sugestiva Leonore, que se hizo anunciar al Gran Duque.

—Dígale que he salido — hízole responder Miguel, molesto por la impertinencia de su amiga.

Mas Leonore, comprendiendo que se negaba a recibirla, entró, a pesar de todo; y al encontrarle en su antecámara, le suplicó con la mirada que la perdonase, que había obrado a la ligera impulsada por su amor...

Severamente, Miguel le dijo:

—Me asombra que no recuerde usted que no recibo aquí a una dama.

—Yo te quiero, Miguel, y no puedo renunciar a ti.

—Confórmese usted con mi aprecio... gaste cuanto le venga en gana, pero no trate de encadenar mi corazón.

Colette había dejado ya la joya, y al disponerse a saltar a la calle, oyó el rumor de la entrevista que celebraba el Gran Duque con su amiga Leonore, y, cosas de mujeres, tuvo la debilidad de subirse a un taburete para ver y escuchar.

La bella mujer tendía sus brazos a Miguel, para abrazarle, mas éste, correctamente, con su impecable elegancia de siempre, la apartó, diciéndole:

—Créame, déjeme en paz y no intente conseguir con su insistencia dominarme; lo que ninguna mujer ha conseguido.

Despechada, Leonore se apartó un tanto más de Miguel, y dijo:

—Es cierto, amigo mío... todo ha terminado ¡pero la última palabra la diré yo!

Acompañó estas palabras con la amena-

za de un revólver apuntando recto al Gran Duque.

Colette, alarmada, quiso salvar al noble, y fué tal su precipitación, que perdió el equilibrio, derribó el biombo que la ocultaba y cayó como del cielo, junto al que quería arrebatar a la muerte.

Esta insospechada escena distrajo a Leonore, y el Gran Duque, aprovechándose de ello, se apoderó del revólver que ella sujetaba en su mano derecha con peligro de disparar.

Al conseguirlo la envolvió en una mirada de reproche, y dijo, conteniendo su indignación:

—Creo recordar que ya es la segunda vez que he de arrebatarle este juguete.

Midiendo con soberbia a Colette, que esperaba, en un rincón, no sabía qué, Leonore comentó socarronamente, dirigiéndose a Miguel:

—Veo que es cierto que no recibe usted damas en su casa...

Colette, para quien Leonore no era ni atractiva ni bella, sino soberanamente an-

tipática, salió en defensa propia, y enfrenándosele con gracioso desparpajo, le espetó en las narices, es decir, en el escote, porque era tan bajita que no le llegaba a las ventanas a la orgullosa:



—Cálmese, señora... y hasta la vista... me alegro de verla buena...

—Señora, yo soy tan dama como usted. Leonore la desdendió con un gesto, y añadió, para el Gran Duque:

—Te aseguro, Miguel, que he de vengarme de este desprecio.

Miguel saludóla con pronunciada reverencia, importándole un mito su nueva amenaza, y sin pronunciar una sola palabra.

Colette, celebrando que Leonore se marchase, la acompañó hasta la puerta, donde, imitando la reverencia de Miguel, la piropeó de esta suerte:

—Cálmese, señora... y hasta la vista... me alegro de verla buena...

Luego oyóse un portazo, Miguel rióse a escondidas de Colette, ésta miró a Miguel, Miguel la miró a ella, y obligada a justificar su presencia en el palacio, el pajarillo refirió lo ocurrido con la cruz, terminando así:

—Mi única preocupación era la sospecha que usted podía tener de mí.

Miguel no cesaba de contemplar a Colette, y tranquilizóla diciéndole:

—En verdad le confieso que no creí nada malo de usted... ni lo creería nunca... Calientese y ponga sus vestidos a secar...

Con esa lluvia se ha puesto usted bonita...

—Sí, muy bonita... No hay más que mirar mis zapatos...

—¿Quiere que la ayude?



—Con esa lluvia se ha puesto usted bonita...

—¡Alto! Las manos quietas... Yo no soy "dama" de pistola.

—Espere, y perdone. Mi ayuda de cámara, que es de toda confianza, se encargará de ocultarla de mis ojos sosteniendo

la bata que usted se pondrá al despojarse de sus vestidos calados. Desde luego, a pesar de esa confianza, mi ayuda de cámara cerrará, como yo, los ojos. ¿Tiene usted suficientes garantías de que no la ha de ver nadie?

—No me fío mucho de usted... ¿sabe?... pero, vaya, si cierran muy bien cerrados los ojos, y el criado no suelta el biombo que usted ha nombrado, me desnudaré... Ande, cierre los ojos. Además, vuélvase de espaldas. Así. Ahora aléjese tanto como pueda. Más... Un poco más... No se vuelva, ¿eh? Y usted, señor ayuda de cámara, ayúdeme bien, y no mire. Si me hace traición, se lo diré a su esposa.

—Es viudo, señorita.

—¡Malo! ¡No me fío!

—Señorita, yo soy viudo, es verdad; pero ahora soy ciego, sordo, mudo y todo lo que usted quiera.

—Eso quiere decir que una orden del señor es como un tiro de muerte, ¿eh? Pues muchas gracias. Ya estoy.

En efecto; hablando, hablando Colette se

había desnudado tranquilamente, asegurándose de que no la veía nadie; y reunióse con el Gran Duque, cada vez más admirado de las gracias infinitas de la doncella, cuyas prendas íntimas, caprichosas como suelen serlo las que usan las ingenuas coquetas que se miran al espejo para agradarse a sí mismas, le hacían soñar en ternuras inefables jamás conocidas y fervientemente anheladas...

VENGANZA DE MUJER

Pablo y sus dos amigos habían ido a un círculo aristocrático, al que fué también al salir del palacio de Miguel, la despechada Leonore.

Casualmente Leonore sentóse al lado de Pablo, al que reconoció, sugiriéndole tal encuentro la idea de vengarse de Miguel enamorado, como era fácil, a su hermano.

Los compañeros de Pablo aconsejaron a éste prudencia en el juego, y como perdía, pretendieron llevárselo consigo, pues ellos estaban resueltos a regresar a sus hogares.

Leonore había demostrado ya al incauto Pablo que su presencia le era muy grata, y el incauto renunció a sus compañeros por seguir al lado de la primera mujer que fi-

jaba en él sus ojos con inequívocas muestras de cariño.

Pasaron unas horas. Con esa habilidad de las mujeres malas, Leonore había apresado



...y el incauto renunció a sus compañeros por seguir al lado de la primera mujer que fijaba en él sus ojos.

en la red de sus indiscutibles encantos físicos al hombre-niño que era Pablo, que desconocía en absoluto las miserias del mundo.

Mientras, en el palacio del Cran Duque, Colette deleitaba con sus ingenuidades a quien si bien supo en exceso de amoríos nunca supo de amor.

—Ya comprendo por que está usted tan satisfecho... ¡Qué bien se debe vivir en esta casa! — decía contemplando todo lo que había en la habitación en que estaban.

Miguel se sentía con menos palabras que nunca.

Meditaba. Rareza en él.

Los vestidos de Colette estaban ya secos, pero seguía lloviendo, y además de eso, Emilio la esperaba en la calle. Acababa de verle desde una ventana: La siguió, el muy canalla. Pero le jugaría una broma pesada. No saldría hasta más tarde, y como seguía cayendo agua que era una bendición, seguramente llegaría a cansarse de esperar. Además, al salir lo haría por una puerta que diera a otra calle.

—Esta maldita lluvia no me dejará salir — dijo, para quedarse aún en el palacio.

Miguel lo celebró, y poco a poco sus palabras, discretas y galantes, volvieron a él,

aunque habló mucho menos que lo que estuvo examinando con suma atención a la encantadora Colette, la más hermosa de todas las mujeres que había conocido, porque tenía, además de una simpatía irresistible, la mayor de las bellezas: la honradez.

Cuando la lluvia hubo cesado, Colette no pudo demorar más su partida, y, halagándola sobremanera, Miguel se ofreció a acompañarla hasta su casa.

Por su lado, Leonore aceptaba que Pablo subiese a su domicilio, segura de haberle enamorado locamente.

En efecto, Pablo, ilusionado con su primera aventura, su primer amor, que hacía hervir sus venas, se olvidaba de todo lo que no fuera Leonore, que sabía abusar como una diablesa de su carne de tentación.

Pablo la miraba como a una diosa, deseando sentirla muy cerca suyo.

Ella, con perversa intención, le dijo:

—Es muy tarde, Pablo... Su compañía me es muy agradable... pero no quisiera que por su galantería llegase usted con retraso a casa...

Pablo acercóse más a Leonore, cogió sus manos entre las suyas, y con implorante acento murmuró:



Pero sus bocas no llegaron a juntarse.

—Leonore... Yo... Debo decírselo... ¡La amo!... ¡La adoro!... ¡Nadie puede separarnos! ¡Ni nuestra misma voluntad tendría fuerzas suficientes para lograrlo!

Leonore cantaba victoria para sus adentros, mientras Pablo, estrechándola contra su pecho, iba a besarla. Pero sus bocas no llegaron a juntarse. A Pablo le pareció demasiada osadía hacerlo a pesar de que Leonore intentaba evitarlo echando hacia atrás su cabeza.

La idea de Leonore era excelente para su plan. Cuanto más le costase a Pablo conseguir el beso de sus labios, más empeño tendría en ello. Consecuencia de lo mismo: aumentaría su pasión y ella llegaría a dominarle como a un muñeco.

Ajeno a la venganza que Leonore le estaba preparando, el Gran Duque visitaba la buhardilla de Colette.

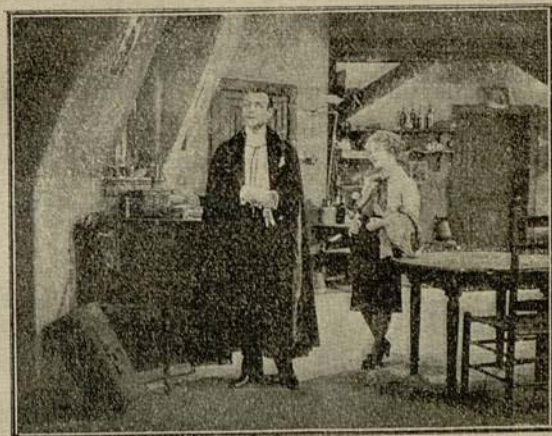
La vivienda era miserable, pero estando ella, como una luz en las tinieblas, lo demás no importaba.

Colette hizo, a su manera, los honores de la casa y ofreció una mala taza de peor café a su distinguido acompañante, queriendo causarle una grata impresión.

El sobrino de Colette lloriqueaba en su camita para que ella fuese a consolarle, y

ante tanta bondad de la modistilla, Miguel tomó una determinación.

—Se ha portado usted muy noblemente conmigo, señorita, restituyéndome una joya



La vivienda era miserable, pero estando ella...

inapreciable para mí. En prueba de gratitud le suplico que me permita ayudarla. Un amigo mío, excelente pintor, la tomará a usted como modelo, en condiciones ven-

tajosas, para sus obras particulares... en las que no tendrá usted que aparecer nunca desnuda... Es una aclaración.

—Y una condición indispensable para que yo acepte. Pero proponiéndome usted tal empleo... ya debía suponer...

—¿Qué...?

—...que no iba a permitir que me viera nadie... lo que nadie ha visto...

Y un rayo de sol iluminó el espíritu de Miguel...

DESESPERACION

Descontando en absoluto el triunfo de su deseo de venganza, Leonore decidió mandar una carta al Gran Duque, y llena de odio empezó su redacción.

Llegará un día — decíale vislumbrando ya ese día — en que comprenderá usted que se ha portado mal conmigo, y estos errores se pagan con lágrimas, porque no hay bastante dinero en el mundo para remediarlos.

En este momento presentóse Pablo en casa de su amada. Apresuradamente Leonore ocultó la carta; y al verlo, aquél, disculpándose, le dijo:

—Siento que por mí haya interrumpido usted la carta... Puede usted continuarla, se lo suplico...

Leonore levantóse de su "secrétaire",

sonriendo a Pablo, y asegurándose de que dicha carta estaba convenientemente oculta en el cajón, contestó, tendiéndole sus manos:

—No tiene la menor importancia... son solamente facturas...

Pablo no dudó de estas palabras, y lleno de amor, adoraba a Leonore.

—Pero ¿cómo fué que vino usted hoy? Creí que no contaba hacerlo hasta mañana... — le dijo la hipócrita.

—Así quedamos, en efecto; pero... me es imposible pasar una hora sin verla...

—¡Oh! ¡Cómo sabe usted mentir!

—¡No, Leonore! ¡La amo a usted con toda mi alma, y estoy decidido a sacrificarlo todo, para no separarme de su lado!

—¡Palabras, sólo palabras, que reflejan la ilusión de un momento! Si al menos me prometiera usted casarse conmigo... Pero me temo que su hermano Miguel se opusiera a nuestro casamiento...

—Yo estoy resuelto a todo, Leonore, y mi hermano Miguel me quiere demasiado para oponerse a lo que yo desee.

—¿De veras, Pablo?

—¡Leonore, estoy loco por usted!

Ella le ofrecía el veneno de sus labios, y Pablo, ciego de amor, cayó irremediablemente en la trampa.

Leonore separóse un momento de Pablo, para ir a dar algunas órdenes a la doncella; y en otra habitación, contemplando un retrato del Gran Duque, murmuró enconadamente:

—Miguel... te advertí que sabría vengarme...

En aquellos momentos, en un ambiente puro, en plena naturaleza, el Gran Duque y Colette, que se veían a menudo, no disimulándose ya más uno y otro la simpatía que los unía, deteníanse e improvisaban una mesa sobre el césped.

—Vamos a comer con la mayor sencillez... como si "fuéramos" dos enamorados — le había dicho Miguel a Colette.

Y la delicada flor de incomparable perfume, preparó la comida, abundante y costosa, poniendo en tal operación la nota divina de su ingenua coquetería.

Miguel no podía apartar sus ojos de su gentil amiga, y sintiéndose desganado, como ella misma, prefirió hablar a comer.



...apoderóse con los labios, de una mano de ella

El Gran Duque parecía querer decirle algo importante a Colette, y variando de pronto el tema de la conversación que habían entablado, apoderóse, con los labios, de una mano de ella, y sin sentir la menor

resistencia la besó largamente, para placer y emoción de la dulce mujercita.

No oyóse más que el rumor de los besos, y luego, Miguel, levantando sus ojos hasta encontrar los de ella, rumoreó como un niño:

—¡Qué bonita es usted, Colette!

—¿Me lo dice usted... de veras? — contestó ella, sin atreverse a mirarle.

—¡Colette, mi hermosa amiguita, es usted lo más hermoso para mí!

Dieron un paseo, y súbitamente, obedeciendo a un irresistible impulso, Miguel cogió a Colette entre sus brazos, rasgó su garganta un grito de pasión, y la besó con loco frenesí.

Y de tanta felicidad los ojos de Colette se humedecieron...

Pablo, en tanto, estando solo en la habitación en que Leonore estuvo escribiendo la carta para Miguel, leyó, al acercarse al "secrétaire", cuyo cajón estaba ligeramente abierto, el último párrafo escrito en el papel, y que era el siguiente:

Si llegó usted a creerse que con regalos

podía pagar mi amor, comprenderá ahora cuán lejos estaba de poseer mi afecto.

Afortunadamente Leonore reapareció en ese instante, impidiendo con su presencia



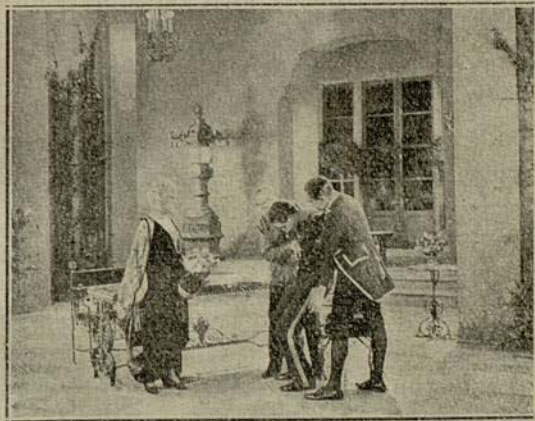
...¿Aquellas palabras no encerraban acaso una terrible sospecha?

a Pablo el leer los anteriores párrafos de la carta.

Impulsado por los celos atroces que le acometieron brutalmente, Pablo preguntó a Leonore, en tono exigente:

—¿A quién escribía usted esta carta...?

Con soberbia y reproche, para desconcertar a Pablo, Leonore replicó:



Pablo llegaba a su casa en lamentable estado de desesperación...

—¡Debe usted tener confianza en mí si quiere merecer mi amor!

Pablo, mudo por la sorpresa, crispó las manos. ¿Aquellas palabras no encerraban

acaso una terrible sospecha? ¿Había sido miserablemente engañado por Leonore? Iba a romper su elocuente silencio, mas el ademán de ella y la dura sospecha que amenazaba su corazón, le hicieron huir tambaleándose.

Unas horas después, Pablo llegaba a su casa en lamentable estado de desesperación. Los criados, al verle, corrieron a ayudarle a conducirlo a presencia de su madre, cuya alarma no conocía límite.

Pablo no cesaba de hablar para sí.

—He de saber quién es el hombre a quien escribía... y cuando sepa quién me roba su amor...

Le fueron prestados sin dilación los auxilios necesarios para recobrarle, pero la fiebre aumentaba sin cesar.

Miguel unióse a poco a la emoción de su madre ante el delirio de Pablo, y al preguntar qué le había ocurrido, contestó la atribulada Gran Duquesa:

—No sé... Ha llegado así a casa... pronunciando palabras incomprensibles... como si hubiera perdido el juicio...

LOS CELOS DEL GRAN DUQUE

Colette, a pesar de haberse marchado de la buhardilla en que vivía con Emilio, su cuñado, llevándose a su sobrinito para evitarle el mal ejemplo de su padre, no pudo verse libre de la persecución del granuja, que quería la joya del Gran Duque o dinero.

Colette le dió dinero, para que la dejase en paz, y al salir Emilio de su pisito, un amigo de Miguel le vió, pensando de lo malo lo peor. ¿De modo que aquel hombre era "algo" en la vida de la amiguita del Gran Duque?

Al tal amigo de Miguel le faltó el tiempo para clavarle el puñal de la duda al noble, tan pronto le vió; y como el Gran Duque comprobó la verdad, coincidiendo su llegada a la casa con la entrada de Emilio en

las habitaciones de Colette, con llave propia, retrocedió, salió a la calle, reunióse en su automóvil con su chismoso amigo y, desalentado, exclamó:

—¡Y yo que hubiera dado por ella la vida!

La terrible desilusión que sufrió Miguel le indujo a tomar venganza, para demostrar a Colette que sabía, sin violencias, corresponder del mismo modo a cómo le trataban.

De regreso a su palacio telefoneó a su amigueta, que ya no lo era:

—Colette — le dijo —, he organizado una fiesta digna de usted... No falte esta noche, porque se la dedico especialmente.

La enamorada joven no sospechó la burla que le preparaba Miguel con gran interés en todos los detalles de la fiesta en cuestión, la cual consistía en reunir en la suntuosa mesa a gentes de los bajos fondos, al estilo de Emilio.

Llegó la hora señalada.

Había que ver devorar a los repugnantes invitados, los cuales no perdían el tiem-

po en explicarse el motivo de tan original capricho del Gran Duque, pues bastante trabajo tenían con llenarse el estómago.

Colette llegó a media comida.

Miguel, al serle anunciada, salió a recibirla, y al presentarla a los miserables convidados, les dijo:

—Señores, la reina de la fiesta... que tendrá especial placer en verse rodeada de sus "antiguas amistades"...

Con la mirada, rehuyendo el contacto de los granujas, Colette preguntaba qué significaba aquello.

Miguel, con punzante ironía, continuó:

—Al escoger los huéspedes, he querido demostrar a usted que deseaba que se encontrara "como en familia"...

Unas lágrimas asomaron a los párpados de Colette.

—Miguel... ¿por qué humillarme de este modo...? — le recriminó.

Hizo ademán de marcharse del palacio.

—Quiere usted marcharse, ¿verdad? En su casa la está esperando "alguien", ¿no es eso?

Entraron en un saloncito.

—Esta desconfianza es un insulto para mí — respondió Colette a las injustas sos-



—Quiero demostrar a usted, tan sólo, que no es cosa de coser y cantar burlarme...

pechas de Miguel, con vehemente dolor—
...No comprendo — añadió — lo que usted pretende.

—Es fácil ...Quiero demostrar a usted, tan sólo, que no es cosa de coser y cantar burlarme...

Colette iba de sorpresa en sorpresa.

—Por favor, dígame qué ha ocurrido... qué es lo que yo he hecho para merecer un desprecio tan ostensible...

—Nada... comprendo que la culpa es mía... pues debía haberlo previsto...

—¡Es imposible!... ¡Oh! ¡No puedo creer que todo no ha sido más que un sueño! ¿Por qué me dijo usted ayer que me amaba?

—De ayer a hoy, de mis ojos ha caído una venda.

—¿Una venda? ¡Yo soy la misma, Miguel!

—¿Y ese hombre...?

Colette recordó súbitamente a Emilio.

—¡Ah! ¡Sí!, ¡sí! Ahora comprendo... —dijo—. Se ha enterado usted de que vino a visitarme mi cuñado, el padre de Roberto, mi sobrinito, y ha supuesto usted que me unía a aquél algo más que sus amenazas, a las que nunca sucumbí.

Miguel se dió cuenta de su gran error. y como primera providencia, mandó que se desalojara el comedor de la gente maleante que lo ocupaba.

Luego, humildemente, enojado consigo mismo, procuraba hacerse perdonar...

Pablo, como lo esperaba Leonore, fué a visitarla apenas se hubo recobrado.

—¿Por qué viene usted, si duda del amor que ha sabido usted inspirarme? — preguntóle ella astutamente.

Pablo, lívido y jadeante, contestó:

—No puedo vivir ni puedo creer en su amor sin saber quién es el hombre a quien iba dirigida aquella carta.

—Por favor, no me pregunte... es imposible comunicárselo a usted...

—¿Por qué? ¿Por qué? Deme esa prueba, y yo le juro...

—¡No! ¡Yo no quiero que "te" pierdas por mí, Pablo! Has de prometerme ser prudente...

—Habla, Leonora de mi vida, habla...

—No me obligues... He de callar... Si no sintieras tan gran afecto por Miguel...

—¿Por mi hermano? Entonces... entonces... ¿es él...?

—Sí. Me dolía decirlo... pero la carta era para tu hermano Miguel.

—¡No, no! Es imposible que se trate de mi hermano. ¡Falta "usted" a la verdad. señora!

—¡Pablo! ¡Yo no miento!

—¡Gran Dios!... ¡Ah! ¡Sí!... Voy a exigirle que me diga la verdad.

POR EL AMOR DE UNA MUJER

En su automóvil Pablo trasladóse de casa de Leonore al palacio de su hermano.

Miguel y Colette acababan de reconciliarse.

—Estoy verdaderamente apenado de haberte tratado duramente sin que lo merecieras. ¿Me prometes no acordarte nunca de ello?

—Al contrario, Miguel. El recuerdo de tus celos infundados será para mí, siempre, siempre, como una prueba de la seguridad de tu amor.

—Yo te haré feliz, mi dulce novia.

—Y yo, Miguel... ¿sabré proporcionarte la dicha que mereces?

—Sí, Colette, sí... Te amo, te amo, te amo...

Pablo interrumpió el idilio, sin respetar para nada la presencia de Colette, a la que no saludó siquiera.

Miguel interrogó con la expresión a su hermano.

Pablo se le enfrentó enérgicamente, y le habló de Leonore.

Miguel dió unos pasos hacia atrás, comprendió que las palabras incomprensibles que pronunciaba Pablo la víspera se referían a Leonore, la desgraciada desdeñada, y escudriñando en los ojos de su hermano, dijo:

—Y bien, ¿qué pasa?

La puerta volvióse a abrir y apareció la propia Leonore.

Miguel, al verla, crispó las manos previendo la escena que iba a desarrollarse en presencia de Colette.

Pablo señaló con el dedo a Leonore, diciendo a Miguel:

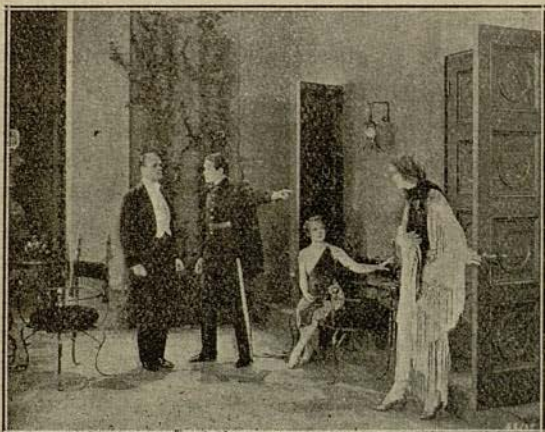
—Ahí está la mujer a la que vengo a defender.

Leonore acercóse a Miguel, y dijo:

—Gran Duque, me he visto obligada a

confesar a su hermano los vínculos que nos unieron...

Pablo ahogó un grito de rabia:



—*Aquí está la mujer a la que vengo a defender.*

—¡Con que era cierto y yo no quería creerlo!

—Y ha de saber usted que Pablo me ama y que está dispuesto a darme su nombre — prosiguió Leonore.

Miguel clavó sus miradas en la vengativa mujer y protestó de sus intenciones:

—¡Usted no hará eso! ¡Mi hermano no sabe lo que hace!

—¡Soy libre, y Pablo me ha ofrecido su nombre! ¡Se casará conmigo!

—Sí, me casaré con ella, con la mujer que creyó en tu amor y que yo redimiré con el mío! — afirmó el incauto.

—¡Pablo! ¡Mírame frente a frente! ¿Es que ya no soy nada para ti, que no me escuchas?

—Dios sabe cuánto te reverenciaba yo... pero ahora no quiero ni verte jamás... No importa que me llames crédulo y necio... Sabré hacer honor a la palabra que he dado a una mujer...

Apenas hubo pronunciado estas fogosas frases huyó del palacio, desapareciendo en su automóvil.

Miguel, alarmado por el estado de locura de Pablo, pretendió detenerle, mas no consiguiéndolo, le siguió en otro coche.

Al verse perseguido, Pablo, pasándole inadvertida la indicación de peligro en un

puente roto, se lanzó a la muerte, y Miguel le siguió, pero con menos infortunio pues se libró del accidente con leves heridas.



...el Cielo no le podía oír, porque Pablo ya no existía

Pablo, herido de gravedad, fué auxiliado por Miguel, pero era inútil cuanto se le hiciera.

Los ojos del infeliz muchacho se apagaban.

Mirando a Miguel, Pablo sonrió, para demostrarle que le perdonaba sinceramente el mal que le había causado...

Angustiosamente Miguel pedía al Cielo que salvase a su hermano, pero el Cielo no le podía oír, porque Pablo ya no existía...

*
**

Unos días después, con un dolor muy hondo en su corazón, Miguel se despedía de París.

La muerte de Pablo, de la que en parte se sentía responsable por el mal ejemplo que ofreció a su inexperiencia, había obrado un cambio radical en él.

El otro pesar que embargaba su alma era la separación de Colette, a la que había hecho sufrir injustamente. Desde el día de la tragedia no la había vuelto a ver. Había huído de él, no pudiendo ya merecerle crédito sus palabras de amor, con las que había halagado a otras mujeres...

Se marcharía lejos, a olvidar, a regenerarse, buscando en la vida un placer moral que compensara todos los errores...

Y al decidirse a salir de su palacio vió sentada en uno de los mundos del equipaje a Colette, llorando.

Miguel creía soñar. ¡Colette allí!

Ella le tendió los brazos.

—Pero ¿será posible que me perdones, vida mía? — le dijo Miguel estrechándola contra su corazón.

—¿Cómo no iba a venir si sabía que tus ojos están llenos de lágrimas y tu corazón necesita toda mi ternura para poder olvidar...?

—Gracias, Colette, gracias... mi mujer adorada...

En sus efusiones sentimentales fueron interrumpidos por la presencia de un diminuto personaje: Robertito, el sobrino de Colette.

—¡Eh! ¡Que yo estoy aquí! ¡No vaya a quedar olvidado! — gritó el niño.

Y dijo Colette:

—Nos llevaremos a Roberto, ¿verdad,

Miguel? El pobrecito me quiere más que a su padre, y seríamos responsables de su desventura si le dejáramos con él.

Miguel aceptó proteger al sobrinito, y tomándole en sus brazos, añadió:

—Será la mascota de nuestro inmenso amor, y un motivo más para que permanezcamos siempre unidos...

Y aquel mismo día Colette dejó de ser Colette para transformarse en esposa de Miguel.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La interesante novela

LA EXTRAÑA SEÑORA BELLEW

Creación de la bellísima

GLORIA SWANSON

NOVELA DE GRAN INTERÉS

Postal-fotografía regalo: LIANE HAID

"La Novela Semanal Cinematográfica" sale todos los miércoles

Precio: 25 CÉNTIMOS

SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS

COLECCION USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.
El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.- El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.-¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón. - Rómula. - Janice Meredith. - El Fantasma de la Opera.-El trono vacante. El Caid. - Madame Sans-Gêne. - América. Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella... Demasiadas mujeres. - Nobleza baturra. Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar. El difunto Matías Pascal. - La marca de fuego. - Los Hijos de Nadie. - Pescador de Islandia. - La 8.^a mujer de Barba Azul. El Beso de la Victoria. - El Proceso de Nancy Preston.

Precio: 50 céntimos

Próximo número:

JUSTICIA GITANA

por Dorothy Dalton, Charles de Roche. etc.

Bicolor, 64 páginas

50 céntimos